

## LA PRENSA, LA I GUERRA MUNDIAL Y LOS «TIEMPOS DE ANTES» EN LAS ISLAS CANARIAS, 1918-1922\*

THE PRESS, WORLD WAR I AND THE «FORMER TIMES»  
IN THE CANARY ISLANDS, 1918-1922

A IMPRENSA, A PRIMEIRA GUERRA MUNDIAL E OS “TEMPOS ANTES”  
NAS ILHAS CANÁRIAS, 1918-1922

DR. JULIO ANTONIO YANES MESA\*\*  
Universidad de La Laguna  
Islas Canarias, España  
Email: jayanes@ull.edu.es  
Id-ORCID: 0000-0003-2061-9268

### RESUMEN

En el presente artículo, abordamos el excepcional tiempo meteorológico que, entre inicios de 1918 y finales de 1922, incidió en un archipiélago de clima tan suave y benigno como las Islas Canarias. Ante la pérdida de los registros de las precipitaciones y del grueso de la documentación de archivo, hemos recurrido a la prensa isleña, cuyo uso intensivo y exhaustivo nos ha reportado, con la criba oportuna, unos datos cuantitativos y cualitativos de incalculable valor. Además de rescatar la evolución de la meteorología, las fuentes hemerográficas nos han permitido recrear, al reflejar las mentalidades de la época, cómo fueron percibidos, y vividos, los episodios extremos por la población canaria en el contexto de la I Guerra Mundial y la posguerra.

**Palabras clave:** Meteorología; I Guerra Mundial; escasez de subsistencias; Islas Canarias.

### ABSTRACT

This article analyses the exceptional weather that affected the Canary Islands, an archipelago with such a mild and benign climate, between the beginning of 1918 and at the end of 1922.

---

\* Recibido: 15 de octubre de 2021; Aceptado: 16 de diciembre de 2021.

\*\* Este artículo es fruto del trabajo personal del autor en la línea de investigación que, sobre el uso metodológico de las fuentes hemerográficas en la Historia, tiene abierta en el privilegiado laboratorio constituido, al calor de su emplazamiento, autodelimitación, aprehensibilidad y apertura al exterior, por el microespacio de las Islas Canarias.

Given the loss of rainfall records and the bulk of the archival documentation, we have turned to the island press, whose intensive and exhaustive use has provided us, with the opportune screening, quantitative and qualitative data of incalculable value. In addition to rescuing the evolution of meteorological time, the hemerographic sources have allowed us to recreate, by reflecting the mentalities of the time, how they were perceived and experienced, the extreme episodes by the Canarian population in the context of World War I and the postwar period.

**Keywords:** Meteorology; World War I; Livelihood shortage; Canary Islands.

## RESUMO

Neste artigo, tratamos do clima excepcional que, entre o início de 1918 e o final de 1922, afetou um arquipélago com um clima tão ameno e benigno como o das Ilhas Canárias. Dada a perda dos registros pluviométricos e da maior parte da documentação arquivística, recorremos à imprensa da ilha, cujo uso intensivo e exaustivo nos proporcionou, com a peneirada adequada, dados quantitativos e qualitativos inestimáveis. Além de recuperar a evolução da meteorologia, as fontes dos jornais nos permitiram recriar, refletindo as mentalidades da época, como os eventos extremos eram percebidos e vividos pela população canariana no contexto da Primeira Guerra Mundial e do pós-guerra.

**Palavras-chave:** Meteorologia; Primeira Guerra Mundial; Escassez de alimentos; Ilhas Canárias.

**Como citar.** Yanes Mesa, J. A. “La prensa, la I Guerra Mundial y los «tiempos de antes» en las Islas Canarias, 1918-1922”. *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, Vol. 26, nº 1, 2022, pp. 75-108, doi: <https://doi.org/10.35588/rhsm.v26i1.5133>.

## 1. INTRODUCCIÓN

Antes de terciarizarse la economía de las Islas Canarias a partir de los años sesenta del siglo XX con la llegada del turismo de masas al calor de la benignidad climática (Martín Martín), las vicisitudes del tiempo meteorológico era una de las variables más determinantes de la vida cotidiana insular. Por entonces, a pesar de las bajas precipitaciones y el predominio abrumador de las tierras de secano, la agricultura acogía a más del 70 por 100 de la población activa del Archipiélago, bien como jornaleros del sector de exportación que, al calor del emplazamiento en el oeste de la costa noroccidental africana y la singularidad climática, daba respuesta a alguna de las demandas insatisfechas en los países punteros de Europa Occidental (Burriel 35), o como pequeños propietarios, o arrendatarios, del policultivo de subsistencias. La ruralización iba de la mano de unos recursos demográficos de régimen antiguo, con altas tasas de natalidad, mortalidad y, por el fuerte rejuvenecimiento de sus efectivos, de dependencia, incluida la incorporación al mercado laboral del 90 por 100 de los adolescentes

y jóvenes comprendidos entre los doce y los diecinueve años y del 2,5 por 100 de los niños menores de doce años (García Rodríguez 47; Díaz Rodríguez 103-125; Martín Galán et al. 214-217). Pero a pesar de su peso específico en el andamiaje de la economía canaria, la agricultura no cubría las necesidades alimentarias básicas de las Islas por la insuficiencia y variabilidad de las lluvias y el agua de riego, lo que tradicionalmente se solventaba con las importaciones oportunas. Sobre tales bases, la I Guerra Mundial puso al descubierto con toda su crudeza las secuelas de tal dependencia del exterior, cuando el Archipiélago quedó aislado e inmerso en una profunda crisis socioeconómica por el progresivo colapso del tráfico portuario (Brito 117-183) y el cese de los envíos fruteros al viejo continente (Yanes, *Crisis económica* 31-38; *Santa Cruz de Tenerife* 49-341). Es más, encima de dejar a la población isleña a expensas de la producción propia de subsistencias, en el tramo final de la guerra y en la posguerra, las cosechas fueron lastradas por media docena de temporales de agua y viento, dos fuertes sequías, tres períodos de meses excesivamente húmedos para las cosechas y una ola de calor extremo acompañada por una densa calima; eventos que, intercalados en el calamitoso contexto de la época, fueron contemplados, y vividos, con un dramatismo que, magníficamente, reflejó *La Prensa* de la época.

## 2. PLANTEAMIENTO Y METODOLOGÍA

Las Islas Canarias, con su emplazamiento en el hemisferio norte, al oeste de la costa noroccidental africana, entre las zonas climáticas templada y tropical, gozan de un singular clima subtropical caracterizado por unas temperaturas suaves a lo largo de todo el año y unas precipitaciones muy escasas e irregulares a finales de otoño y, sobre todo, en invierno. En los escasos 7.500 km<sup>2</sup> de superficie terrestre del Archipiélago, tales rasgos genéricos esconden una serie de microclimas muy variados debido a la incidencia del anticiclón de las Azores, como barrera para la llegada de las lluvias, y de los vientos alisios, en función de la altitud y la orientación occidental u oriental del terrazgo, como portadores de la humedad del océano (Dorta 133-160). Grosso modo, mientras las medianías de las vertientes a barlovento de las Islas con cimas más altas (Tenerife, La Palma y Gran Canaria) son feraces, al estar expuestas a las masas de aire húmedo que traen los alisios del noreste, las vertientes a sotavento de estas, las zonas bajas y costeras de todas las islas y las más llanas (Lanzarote y Fuerteventura) son muy áridas y estériles, al pasar de largo la humedad portada por dichos vientos. Sobre tales rasgos genéricos, desde el punto de vista histórico, se han sucedido series de años muy secos, acompañadas de olas de calor y calima procedente

del desierto del Sáhara, con otras de años lluviosos que, al interactuar las masas de aire templada y tropical, han generado en ocasiones temporales y lluvias torrenciales (Marzol 157-202). Entre toda la casuística histórica, la secuencia cronológica aquí estudiada es una de las más contradictorias, dado que, en el calamitoso contexto de la I Guerra Mundial, albergó episodios extremos de ambas situaciones, y desconocida (Máyer, “Desarrollo urbano” 145-149; Máyer, “Un siglo” 267-282), porque hasta el presente no había sido objeto de un estudio histórico específico. Nos referimos al lustro comprendido entre inicios de 1918, el último de los años bélicos, y finales de 1922, cuando la economía canaria empezaba a dejar atrás la crisis generada por la conflagración bélica para introducirse en la coyuntura expansiva internacional de los «felices» años veinte.

En los párrafos que siguen, pretendemos analizar la evolución del tiempo meteorológico en las Islas Canarias a lo largo del período cronológico indicado. Para ello, usaremos las únicas fuentes disponibles: las informaciones de los periódicos coetáneos (Yanes, Metodología de la Historia 299-340) y las escasísimas referencias que conservan los archivos municipales. Dada la diversidad microclimática y la desarticulación socioeconómica del Archipiélago en la época, constituido por una serie de microcosmos desconectados entre sí y volcados hacia dentro de ellos mismos, la investigación la hemos centrado en el hinterland de la ciudad de Santa Cruz de Tenerife,<sup>1</sup> la capital de la entonces provincia de Canarias,<sup>2</sup> desde donde hemos efectuado las incursiones oportunas al resto del territorio insular cada vez que la ocasión así lo ha requerido. Sobre el citado objeto de estudio, consciente de que las fuentes hemerográficas constituyen la fuente más preciada para acometer tal empresa (Gaddis 82), nos hemos propuesto construir un conocimiento histórico lo más cercano posible a las vivencias y las mentalidades de quienes, en el ruralizado contexto de aquellos años, sufrieron en carne propia los hechos estudiados. A tal fin, hemos hecho uso de, algo así como, la «escritura a cuatro manos» que, en los *Cuentos breves y extraordinarios*, Jorge Luis Borges pusiera en práctica hace más de medio siglo con Adolfo Bioy Casares (Zavala 32-35), aunque con el matiz de que, aquí, cada autoría conserva su identidad y que la fórmula, en lugar de dar juego a dos voces individuales, combina la nuestra con la colectiva de los periodistas que, en su

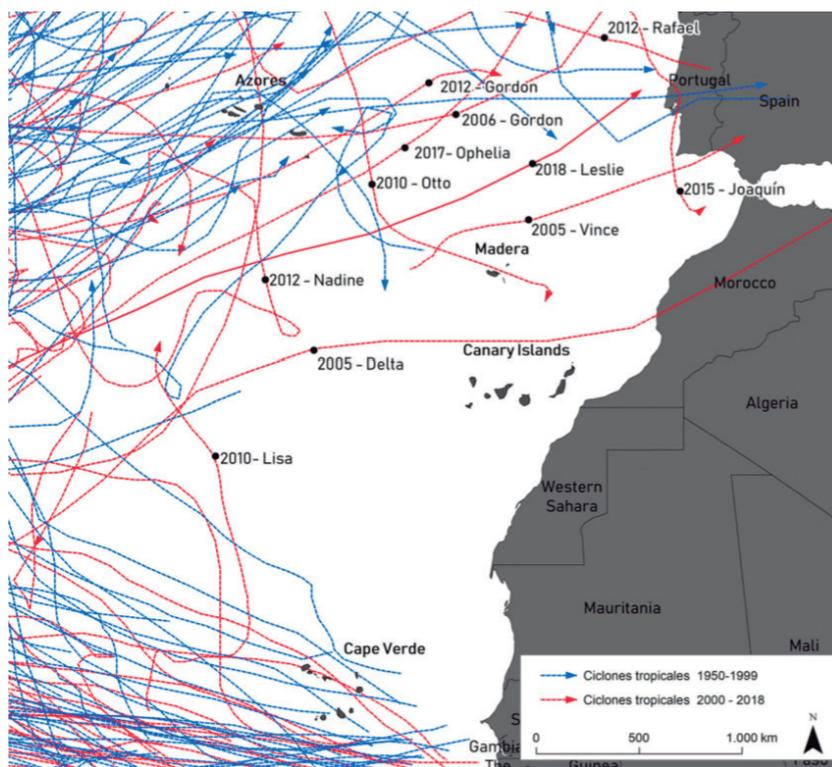
---

1 Por entonces, las Islas Canarias contaban con unos 450.000 habitantes, de los que una novena parte residían, grosso modo, en Santa Cruz de Tenerife, y un porcentaje algo superior en Las Palmas de Gran Canaria, la capital de la otra isla central del archipiélago.

2 Pocos años más tarde, en 1927, el archipiélago canario quedaría dividido en dos provincias, la occidental con capitalidad en Santa Cruz de Tenerife y la oriental con capitalidad en Las Palmas de Gran Canarias.

día, percibieron por los sentidos e informaron a sus lectores de la realidad que nos ocupa. Aunque nosotros, bajo la perspectiva académica y distanciada del objeto de estudio (Gunn 86-92; Burke 72-73), hemos seleccionado y, a la luz del andamiaje «científico» con el que nos pertrechamos, cribado el conocimiento «común» que, hace ahora un siglo, construyeron quienes informaron desde dentro de la coyuntura, en todo momento hemos procurado mantener una relación lo más paritaria posible entre ambos relatos. De manera colateral, en atención al formidable problema que en la actualidad constituye el cambio climático, pretendemos aportar conocimiento histórico sobre lo acontecido hace ahora un siglo en el singular enclave que, por su ubicación atlántica en una zona de tránsito de la templada a la tropical, configuran las Islas Canarias en el mapa climático del orbe.

### Emplazamiento de las Islas Canarias



**Fuente:** Pedro Dorta Antequera et al.: «Turismo y amenazas de origen natural en la Macaronesia. Análisis comparado», Cuadernos de Turismo, núm. 45, Universidad de Murcia, 2020, págs. 61-92.

### 3. LOS AGUACEROS Y EL TEMPORAL DE LOS PRIMEROS DÍAS DE 1918

A poco menos de un año del cese de la I Guerra Mundial, el Archipiélago canario acusaba su tradicional falta de lluvias de manera tan acuciante que la corporación de una de las localidades más húmedas de Tenerife, La Laguna, “en vista de la pertinaz sequía que amenaza asolar los sembrados, aumentando con esta calamidad más el cuadro de desdichas que la Guerra Europea ha traído sobre el país”, había solicitado el 5 de diciembre de 1917 al vicario capitular de la diócesis Nivariense la intermediación de las fuerzas divinas para resolver el problema. A tal fin, los ediles laguneros solicitaron a las autoridades eclesiásticas la celebración de “rogativas públicas y solemnes a Dios Nuestro Señor implorando de su divina clemencia el beneficio de la lluvia” (sin firma-a 2).<sup>3</sup> Por paradójico que parezca, a las pocas semanas, nos referimos a mediados de diciembre, las deseadas precipitaciones habían aflorado con tanta intensidad y continuidad que, con el cambio de año, “algunos agricultores se quejan ya de las excesivas lluvias, pues amenazan perjudicar sus cosechas”, por lo que uno de ellos, añadía el órgano republicano *El Progreso* con cierta sorna, había rogado a su director que “desde las columnas de su ilustrado periódico [solicitara] que se saque de nuevo al Cristo de La Laguna en rotativa para que cese de llover” (sin firma-b 1). Al día siguiente, este mismo diario abría la edición con un editorial en el que, evidenciando que las precipitaciones lejos de cesar seguían in crescendo, manifestaba: “llueve incesantemente, como hacía muchos años que no llovía. La tierra ha recibido la caricia que le hace falta para fecundizar. Pero ya se halla demasiado preñada. Y más que un beneficio es ya un perjuicio el que le causa el diluvio”. Luego, añadía que “las faenas agrícolas, con la inclemencia del tiempo, están paralizadas y se retarda la siembra [...] la gente se queja ya del agua” (sin firma-c 1).

A renglón seguido, la inestabilidad atmosférica evolucionó hacia un violento temporal cuya dimensión objetiva, aunque referida al observatorio de Izaña, situado a 2.400 metros de altitud en la isla de Tenerife, divulgaría el diario *La Prensa* tres semanas más tarde, cuando reprodujo el telegrama que el meteorólogo de dicho centro había dirigido a sus superiores en Madrid. En concreto, la esquemática misiva recogía que el jueves, 3 de enero de 1918,

---

3 Debido a la enorme cantidad de textos que los periódicos canarios de la época publicaban sin especificar la autoría, obra de las respectivas redacciones, para hacer referencia a cada uno de ellos nos hemos valido del rubro «Sin firma» (ya que no son anónimos) con el apéndice de las sucesivas letras del alfabeto, según aparecen en el trabajo, para así poder diferenciar unos de otros. El mismo procedimiento hemos seguido con los editoriales.

había irrumpido un “importantísimo centro ciclónico”, en cuyo transcurso el barómetro había descendido diecisiete mm. en diez horas y recuperado quince en dos, originando un huracán que causó enormes destrozos en las instalaciones, incluido el anemómetro cuando ya había registrado 250 kilómetros por hora, y descargó unos doscientos litros de agua y granizo por metro cuadrado (sin firma-d 2). Dando vida a estos datos reduccionistas de la realidad, el diario católico-conservador *Gaceta de Tenerife* recreó los efectos del suceso en la ciudad de Santa Cruz de Tenerife en los términos siguientes:

Durante todo el día un fuerte viento huracanado se desencadenó sobre la población. Pero por la tarde adquirió tan grandes proporciones como no se recuerda otro desde hace muchos años [...] llevándose las tejas de varias viviendas y teniendo los inquilinos que refugiarse en las de los vecinos que ofrecían un poco más de seguridad [...] En toda la población, los cables del tranvía y los del alumbrado chocaban movidos por el viento, produciendo chispas de bastante intensidad. Como muchos de ellos se desprendieron de las mariposas donde estaban sujetos, cayendo al suelo y dando margen a que pudiese ocurrir alguna desgracia, las autoridades ordenaron se cortara las corrientes eléctricas quedando la ciudad a oscuras desde las nueve de la noche [...] Imponentísimo aspecto presentaba el puerto. Las olas, impulsadas por el fortísimo viento del sureste, atravesaban el muelle de un lado al otro, alcanzando una altura considerable. [...] Para la gente de mar fue la noche verdaderamente angustiosa. Por todas partes se veían bengalas blancas y rojas pidiendo auxilio, cosa que en tierra estaban imposibilitados de prestarlo debido a las malas condiciones del mar. Sin embargo, y a pesar de todo, el remolcador Alianza salió con objeto de hacer lo que pudiera, teniendo la desgracia de que se le enredara la hélice en las amarras de una boya, lo que le impedía navegar. El Alianza comenzó también a pedir auxilio, aumentando con ello lo angustioso de la situación [...] Los vapores alemanes surtos en bahía se pusieron al comenzar la tempestad sobre la máquina y navegaban, capeando el viento, frente al puerto A las doce de la noche, hora en que nos retiramos del muelle, faltaban tres hombres de los que custodiaban las gabarras y de los cuales se ignora el paradero. (editorial-a 1)

En ediciones sucesivas, al margen de aclarar que las víctimas del suceso habían sido solo dos –porque el tercero de los desaparecidos había sido rescatado

por uno de los vapores alemanes surtos en el puerto—, el rotativo *La Prensa* detallaba con más precisión los “enormes destrozos” de la infraestructura portuaria, cuyo aspecto era “deplorable”, así como la pérdida de un pailebote de 71 toneladas para 15 tripulantes, seis gabarras y el citado remolcador Alianza de la Junta de Obras del Puerto (sin firma-e 1). Luego, el periódico desviaba su atención hacia el interior de *La Provincia*, lo que hizo en base a la publicación de una serie de textos que, desde los parámetros de la época, resultan sumamente esclarecedores para aproximarnos a las vivencias coetáneas. A juzgar por las informaciones difundidas en los días siguientes, particularmente dramáticas debieron ser las vivencias de los vecinos del Puerto de la Cruz en el norte de Tenerife, de lo que el diario católico-conservador *Gaceta de Tenerife* nos legó el testimonio más elocuente. En esta localidad norteña, los barrancos de San Felipe y Martíáñez llevaron tanta cantidad de agua que, mientras este “llegó en momentos a ocupar todo su cauce (unos 12 metros) arrastrando con su impetuosa corriente infinidad de escombros”; el otro, cuyo caudal “llevaba doble altitud de corriente por algunos sitios”, se desbordó por varios tramos, “rompiendo parte del dique de contención o encausamiento” e invadiendo varias propiedades agrícolas. Paralelamente,

La carretera de San Felipe, reconstruida pocos años ha, fue en unos dos kilómetros arrastrada por completo [...] poco faltó, gracias a un pequeño dique y más aún a haberse dividido la corriente en dos vías, para que las aguas se introdujeran en el cementerio católico y arrastraran con él. La consternación era grande. Horripilaba oír el ruido que producía el vertiginoso correr de las aguas por los barrancos. La alarma del vecindario fue indescriptible al anunciarse que parte de la población amenazaba ser inundada por distintos sitios. Casi todos los hogares de la parte oeste del pueblo y barrio de Las Cabezas fueron abandonados, lo que dio lugar a que innumerables personas se congregaran en el edificio del Ayuntamiento. Y la cosa no era para menos: el horrible viento, la lluvia y el correr de los barrancos, la población a oscuras [...] En el Jardín Botánico las plantas sufrieron lastimosos desperfectos, dando por este motivo una impresión triste aquel lugar tan delicioso. El Gran Hotel Taoro también tuvo destrozos en tabiques derrumbados y las carreteras, por el gran número de árboles derribados, quedaron intransitables hasta el día 5. (sin firma-f 1 y 2)

#### 4. LA «PERTINAZ» SEQUÍA ENTRE ENERO DE 1918 Y SEPTIEMBRE DE 1919

Una vez pasadas las lluvias torrenciales que desembocaron en el temporal del 3 de enero de 1918, la sequedad que había reinado hasta finales de 1917 volvió al Archipiélago con toda su crudeza, por más que la situación se sobrellevara al principio sin mucho aprieto merced a la abundante agua caída a inicios de año. Pero en febrero de 1919, en pleno período invernal, “las noticias que nos llegan de casi todos los pueblos de la isla (decía *La Prensa*) no pueden ser más alarmantes respecto a la honda crisis que ha creado la falta de trabajo y de víveres” debidas, por un lado, a la paralización de muchas obras públicas y, por otro, a la prolongada sequía que “ha calcinado, o poco menos, los campos de cultivo [...] casi ha secado los depósitos de agua y mermado los nacientes tanto como en verano” (sin firma-g 1). La situación en La Laguna, a pesar de estar ubicada en una de las zonas más lluviosas del Archipiélago, ya era tan grave que, por entonces, ya se temía “la pérdida total de las cosechas” (sin firma-h 1). Mucho peor, por la mayor aridez, era el panorama en la vertiente a sotavento de la isla, tal y como ilustran los casos del municipio de Arico, donde “no se han podido hacer aún los plantíos de patatas y cereales, lo que tiene bastante alarmados a los agricultores, pues... [son la]... base principal de esta región” (sin firma-i 1); o del de Güímar, dado que “si persiste el tiempo en esta sequía nunca conocida y el actual invierno convertido en verano, y no de los más frescos... [no podremos sembrar]... porque sobre piedra, roca o laja no prevalece ninguna fruta y las tierras actuales no en otra cosa se van convirtiendo” (Pesejo 1). Para calibrar la envergadura del problema, basta con tener presente que, desde mediados de febrero, cuando aún faltaban ocho meses largos para que cayeran las primeras lluvias de 1919, empezaron a celebrarse las tradicionales rogativas en La Laguna (sin firma-j 2), La Orotava (sin firma-k 1) y, poco después, Tacoronte (sin firma-ñ 1) con la esperanza de conseguir la intermediación divina. En el período estival, ante la insostenible situación de la población de las islas de El Hierro, Fuerteventura y Lanzarote y, las vertientes a sotavento de las islas más montañosas, la corporación de la entonces capital de *La Provincia* de Canarias había acordado, a instancias del gobernador civil, enviar gratuitamente agua potable hacia sus respectivas capitales insulares en los vapores correo (Archivo Municipal de Santa Cruz de Tenerife 281 y 348).

## 5. LAS PROGRESIVAS PRECIPITACIONES ENTRE SEPTIEMBRE DE 1919 Y FEBRERO DE 1920

A finales del período estival de 1919, tras unos conatos previos “acompañados de relámpagos y truenos” (sin firma-l 2), la capital provincial y las vertientes a barlovento de las islas más montañosas recibieron las primeras lluvias tras los veinte meses de “pertinaz” sequía que, desde el aluvión del 3 de enero de 1918, había asolado a todo el territorio insular.<sup>4</sup> Aquellas precipitaciones, por lo demás, no fueron más que el inicio de un cambio de coyuntura porque en la isla de El Hierro se hicieron de rogar hasta el 13 de octubre, en la zona de Tenerife comprendida entre los municipios de Guía de Isora y El Tanque hasta el 21 de octubre (sin firma-m 1), en la capital de la isla de Lanzarote, Arrecife, hasta el 16 de noviembre de 1919 (Archivo Municipal de Santa Cruz de Tenerife, folio 37 vuelto), en muchas comarcas de la isla de Gran Canaria hasta después de esas fechas (sin firma-n 2) y en la isla de Fuerteventura hasta bien avanzado el mes de febrero de 1920; lo que significa que, en esta última, la sequía, además de extrema y acompañada de altas temperaturas, se prolongaría por espacio de dos años largos. El inicio del texto con el que *La Prensa* celebró, el 18 de septiembre de 1919, la llegada a Santa Cruz de Tenerife de la “tan deseada y bendita” lluvia constituye, probablemente, el testimonio más certero del estado de ánimo con el que la buena nueva fue recibida por la población (Yanes, Un contribución 299-324): “cae [...] como una gracia divina sobre los campos sedientos y resequidos, que empapa la tierra y refresca sus entrañas abrasadas; la lluvia es la esperanza y la paz [...] es la salud y la vida[...] es el pan”. Luego, rebajando la euforia, el periódico rebasaba los límites de la capital provincial para ponderar el limitado beneficio reportado por aquellas primeras precipitaciones al conjunto del agro insular, añadiendo que

No hay más que emprender la marcha bajo el sol, por esos campos yermos [...] por esas miserables bandas del sur, en cuyos vacíos graneros no entran más que el polvo y las arañas, por esos huertos convertidos en escalios tristes, por todos los lugares y todos los caminos, donde la miseria y el hambre ponen su sello de muerte [...] los maizales, las plataneras, los plantíos de todas layas, caídos,

---

4 Según quedó testimoniado en los periódicos de la época, en esos veinte meses tan solo habían caído, a inicios del otoño de 1918 y en el invierno de 1919, sendas lloviznas en esta misma zona, cuyos beneficios fueron prácticamente nulos para la agricultura.

quemados al influjo de un viento sahárico abrasador [...] La lluvia ha venido tarde, muy tarde, cuando [...] el pueblo famélico y sin esperanzas [...] se halla a extremos insostenibles frente al problema gigantesco de la vida. (editorial-b 1)

Mientras tanto, las precipitaciones que, el 18 de septiembre de 1919, habían puesto el punto final a los veinte meses de sequía en la capital de la entonces provincia de Canarias y las zonas menos áridas del Archipiélago, habían proseguido en semanas sucesivas con una irradiación espacial cada vez más extensa e intensa. A poco de comenzar noviembre, el interés informativo se desplazaba a la isla de La Palma por la “abundantísima lluvia, hallándose la isla completamente mojada [...] a causa de la persistencia” (sin firma-o 1). Sin solución de continuidad, en la capital provincial “se levantó una gruesa marejada, cuyo oleaje saltaba a la explanada del muelle [...] acompañaba fuerte viento [...] pocas horas después la marejada cesaba, comenzando entonces a llover. La lluvia fue reemplazada, a su vez, por un fuerte viento, que todavía sopla” (sin firma-p 1). Paralelamente, “durante los últimos días han caído en La Laguna y su extensa vega abundantísimas lluvias que han mojado la tierra completamente [...] con tal motivo, reina gran contento entre los agricultores” (sin firma-q 1). Asimismo, proseguían las “lluvias torrenciales en La Palma [hasta el extremo de que] *La Prensa* local dice que, por lo visto, el agua que faltó el año pasado la tienen de sobra en el presente”, a las que, el 13 de noviembre, acompañaron “grandes ráfagas de viento”. El volumen de las precipitaciones, tras bajar considerablemente en diciembre, se reactivó con el cambio de año y, en particular, a partir del día de Reyes de 1920: “desde la noche del 5 llueve copiosamente en esta capital [...] una lluvia gruesa y persistente y alguna que otra granizada que, nos dicen, han sido extensivas a gran parte de Tenerife” (sin firma-r 1). Por entonces, la lluvia ya no era noticia por su simple irrupción, como en los días subsiguientes a los veinte meses de sequía, sino por los problemas que provocaba su desmesura en la vida cotidiana insular, caso del “partido de fútbol Isleño-Tenerife [que] se suspendió a poco de comenzar por la lluvia” (sin firma-s 2). Sin embargo, como en los espacios más áridos del Archipiélago aún perduraba la sequía, en el municipio de San Miguel del sur de Tenerife, “los vecinos [...] están de enhorabuena, pues ha llovido regular, y si no se presenta algún mal tiempo, pueden contar con una buena cosecha de cereales y con otra abundante de patatas” (sin firma-t). Pero todavía estaba por llegar el momento cenital del período inusualmente húmedo que había venido a continuación de la prolongada sequía que, paradójicamente, había sucedido al violento aluvión del 3 de enero de 1918.

## 6. DE LA TROMBA MARINA DEL 8 DE FEBRERO AL ALUVIÓN DEL 26 DEL MISMO MES DE 1920

Las crecientes lluvias que, tanto espacial como volumétricamente hablando, habían arraigado en la vertiente a barlovento del Archipiélago desde mediados de octubre de 1919 desembocaron, el domingo 8 de febrero de 1920, en una extraordinaria tromba marina que, ante la atónita mirada de los santacruceños, emergió en el puerto de la entonces capital de Canarias. El evento no fue más que un punto y seguido dentro de la inestabilidad atmosférica de la época, dado que, tras acentuarse aún más las precipitaciones, habría de culminar al cabo de unas tres semanas, esto es, antes de finalizar el mes de febrero, en un aluvión que, para mayor desconcierto, supuso algo así como el preámbulo de las inmediatas, y sostenidas, lluvias torrenciales que estaban por venir.

El episodio inaugural de esta serie de sucesos meteorológicos empezó a cocerse la noche del 7 de febrero, cuando, según dejara testimoniado *El Progreso*, a “las ocho próximamente, comenzaron a verse relámpagos salidos de detrás de las montañas... [que]... fueron aumentando de intensidad hasta llegar a aterrar a las gentes timoratas [...] en la madrugada sopló un viento huracanado. El día amaneció [...] nublado, oscuro, amenazador”. A renglón seguido, el texto desviaba su atención hacia el mar, que “comenzó a encrespase, haciendo dificultosa la navegación de las embarcaciones menores dentro del puerto”. Como colofón, empezó a formarse una tromba marina, cuya evolución describió en estos términos el desconcertado redactor del periódico.

A las once y media, minutos más o menos, numerosas personas que se hallaban en el muelle y por estas playas vieron algo anormal que subía del mar y se elevaba, mientras giraba vertiginosa. El fenómeno duró algunos minutos, hasta que se desplomó en el mar aquella agua diabólica. Se trataba de una tromba marina de regulares dimensiones. Se formó frente a nuestro puerto, pero no lejos de él. Después de pasearse pesadamente algunos metros, se desplomó. ¿Qué es una tromba marina? Blasco Ibáñez, en su inmensa novela *Los Argonautas*, os lo va a decir en pocas palabras y maravillosa forma: “El cielo se había despejado con la mudable rapidez de la atmósfera ecuatorial. En su límpido azul sólo quedaba flotante una nube negra cerca de la línea del horizonte. Esta nube, que contemplaban todos, parecía una flor de pétalos vaporosos, con un largo vástago que descendía en busca del agua. Pero este vástago perdía de pronto su rigidez, tomando la forma de una sanguijuela

que se retorció y estiraba sin llegar con su boca al océano. Un espacio de color violeta quedaba entre la superficie atlántica y el extremo de la manga: y, sin embargo, no dejaba de verificarse la colosal succión. El mar levantábase debajo de la nube en forma de canastillo, y este redondel acuático coronado de espumas cambiaba de sitio, así como el cono nebuloso iba corriéndose por el cielo”. No recordamos que en estas aguas se haya dado este raro fenómeno. Las gentes que lo vieron quedáronse admiradas. Por la tarde, volvió a llover, ya con más intensidad. Cesó la lluvia e, inmediatamente, el espacio hasta a ras del suelo emblanqueció como si montañas, casas, calles, arbolado, toda la ciudad, hubiese sido cubierta por inmensa gasa blanquecina, que impedía ver las cosas a cierta distancia. De las montañas, como si el cataclismo de la Atlántida se hubiese repetido sordamente, no se veía vestigio; parecía se habían hundido en la tierra. Nos creíamos trasplantados a un país de nieblas. El viento seguía añadiendo violencia a la que tenía. El mar ya saltaba frecuentemente a la explanada del muelle comercial, mojando las mercancías y amenazando arrastrarlas al mar, caso de intensificarse el temporal. El tráfico dentro del puerto hacía cada minuto con más dificultad y exposición a un accidente. Cerróse la noche sin que nada anormal hubiese ocurrido. Pero el mar y el viento, según avanzaba la noche, arreciaban su violencia. Grandes olas que rompían, cosa rara aquí, en la lejanía, saltaban la escollera y se desplomaban en el muelle. La vida de los guardianes que en éste permanecía principiaba a peligrar. Se retiraron a lugar seguro. Hacia la una de la madrugada comenzaba un trágico desfile de embarcaciones, que rotas sus amarras, iban a desguazarse en las playas cercanas, impulsadas por la tuerza incontrastable de las enormes olas. Se intentó auxiliar a algunas, para evitar su destrucción, pero todo era inútil. Los bramidos del mar, se oían desde lejos. Esta mañana amaneció todo cubierto de una tierra colorada. A esto quedó reducida lo que ayer tarde parecía niebla. Era tierra que un ciclón en el Sahara nos enviaba. (sin firma-u 1)

La inestabilidad meteorológica en la que se gestó la tromba marina incidió, aunque en intensidad y consecuencias desiguales, en todo el Archipiélago, de tal manera que se tradujo en fuertes vientos y aguas torrenciales en el norte de Tenerife, La Palma, La Gomera y, en general, las vertientes a barlovento de las islas más montañosas y en precipitaciones que, a pesar de estar acompañadas inicialmente de vendavales, fueron beneficiosas para el sur de Tenerife, el sur

de Gran Canaria, más que probablemente, aunque no fue noticia, El Hierro y, sobre todo, al poner el punto final a los últimos residuos de la anterior sequía, para Lanzarote, Fuerteventura. En el conjunto de Tenerife, tal y como dejó testimoniado *La Prensa*, “por todos los barrancos de la isla discurren enormes cantidades de agua. Según telegrama que tenemos a la vista, en toda la región del sur de la isla ha llovido también copiosamente, reinando con tal motivo gran júbilo entre los agricultores, que tienen aseguradas sus cosechas” (sin firma-v 1). En La Palma, según recreó *Gaceta de Tenerife*, “en las primeras horas de la noche 8 del corriente mes [el de la tromba marina] el tiempo era imponente [...] y el mar agitadoísimo por el viento, amenazaba derribar las murallas que servían de contención al muelle [...] las olas, que salvaban la muralla de barlovento del puerto, barrían impetuosamente la superficie del mismo”. En San Sebastián de La Gomera, según detalló *La Prensa*, “a causa de los grandes temporales, en la noche última permaneció todo el vecindario alarmado. Las aguas del barranco amenazaban desbordarse, aumentando hoy la crecida”; mientras que en Gran Canaria, “por noticias particulares recibidas de Las Palmas se sabe que la tempestad causó grandes destrozos en el Puerto de la Luz” (sin firma-w 1).

En días sucesivos, el tiempo desapacible prosiguió en el Archipiélago hasta el 26 de febrero, cuando desembocó en lluvias torrenciales generalizadas, tal y como ilustran las informaciones referidas a pueblos, comarcas e islas que aparecieron en las páginas de todos los periódicos de la capital provincial, entre las que especial mención merecen las del norte de Tenerife y, por la inundación de la ciudad, las de La Laguna. Así, tal y como dejó testimoniado *La Prensa*, “en la vecina ciudad [...] se han formado en algunos sitios grandes remansos de agua, que hacen evocar los tiempos en que se navegaba en bote por la hermosa vega [...] estamos incomunicados, pues el desbordamiento de barrancos ha arrasado la carretera por varios puntos [...] han sido más de una docena las charcas y represas destruidas por la abundancia grande de agua, arrasando éstas los terrenos en su camino al mar” (sin firma-x 1). El paralelo telegrama que este mismo diario recibió por la tarde del propio día 26 de febrero, cuando aún no habían cesado los aguaceros, de su corresponsal en Tacoronte, confirmaba la gravedad de las secuelas del aluvión en el norte de la isla: “En este momento se ha desencadenado un imponente temporal de lluvias. Se han desbordado los barrancos y derrumbándose varias casas. Las pérdidas materiales son enormes. Ignórase si ha habido desgracias personales” (sin firma-y 1). Para redondear la minuciosa información que *La Prensa* ofreció a sus lectores y, con el decurso de las décadas, nos legó a los historiadores, un editorial apuntaló los detalles y los juicios de valor ofrecidos en días anteriores, todos descriptivos, con los datos cuantitativos que se agenció en el Instituto General y Técnico de La Laguna.

A la luz de las “notas de las observaciones hechas” en el referido centro y “las del famoso aluvi3n del a3o 1879, 3ltimo de gran magnitud que se recuerda”, el referido diario ofreci3 esta comparativa:

La suma de mil3metros acusados por el pluvi3metro desde el 11 [tras la tromba marina del d3a 8] al 28 del pasado mes de febrero, asciende a 348 (Sin firma-z 1). ¡La friolera de 348 litros de agua por metro cuadrado de terreno! [...] El d3a que alcanz3 mayor intensidad la lluvia, de los citados del mes de febrero, fue el 12 [en La Laguna, por lo tanto, m3s que el d3a 26], que acus3 el pluvi3metro 123’2 mil3metros... [mientras]... el referido aluvi3n del 79 [...] en las 24 horas del 19 de diciembre tuvo la lluvia una intensidad de 180 mil3metros... [aunque]... hay que tener en cuenta, adem3s, la cantidad de lluvia que no fue posible medir por haberse llenado el pluvi3metro... [con la que pudo llegar]... a 200 mil3metros (Cioranescu 307). En cambio, en la suma de d3as que dur3 la lluvia, arroja muy superior magnitud este a3o sobre el de 1879. Aquel famoso aluvi3n, durante todo el mes de diciembre, acus3 un total de 293 a 313 mil3metros, lo que supone una superioridad para el que hemos sufrido 3ltimamente, de unos 48 mil3metros en 13 d3as menos [...] Las anteriores observaciones, lo mismo este a3o que el 79, fueron tomadas de 8 a 8, de la ma3ana, invariablemente. (sin firma-aa 1)<sup>5</sup>

Por su parte, *Gaceta de Tenerife* y *El Progreso* publicar3an d3as m3s tarde otros datos sobre el mes de febrero recabados en el observatorio meteorol3gico de la Granja Agr3cola de Santa Cruz de Tenerife y, por lo tanto, referidos a una zona m3s pr3xima a la entonces capital de *La Provincia* de Canarias: “d3as de lluvia: 18; total mil3metros ca3dos: 298,84; ídem litros de agua por m<sup>2</sup>: 298,84. D3as despejados en el mes: 3; ídem nubosos: 21; ídem cubiertos: 5” (sin firma-ab 1).<sup>6</sup>

---

5 Obs3rvese que esta informaci3n, elaborada en los d3as previos, no sali3 a la luz p3blica hasta el d3a siguiente al «diluvio» del 2 de marzo, cuyas precipitaciones no estaban incluidas en el recuento.

6 Entre los otros datos referidos al mes de febrero de 1920 figuran los siguientes: presi3n barom3trica m3xima: 762,4 (d3as 1 y 2); ídem m3nima: 748,8 (d3a 25). Temperatura m3xima a la sombra 24’5 (d3as 6 y 7) ídem m3nima: 10’5 (d3a 5). Humedad relativa m3xima: 100 (d3a 12). Lluvia m3xima en 24 horas, en mil3metros, 55 (d3a 11).

## 7. EL «DILUVIO» DEL 2 DE MARZO DE 1920 Y LAS CONTINUAS PRECIPITACIONES DEL RESTO DEL AÑO

No habían transcurrido cuatro días del aluvión del 26 de febrero cuando, el 2 de marzo de 1920, cayó sobre el Archipiélago, según reiteraron todos los periódicos de la época, un “diluvio” de tanta intensidad que, durante horas, cortó las comunicaciones terrestres, telefónicas y telegráficas de la zona Santa Cruz-Laguna con el resto de *La Provincia*. Al día siguiente, *La Prensa* describía el evento en estos términos: “El agua cayó ayer ininterrumpidamente y con una violencia desconcertante. Durante dos o más horas, las calles, convertidas en un enorme y laberíntico barranco [...] En La Laguna y otros pueblos de la isla, singularmente los del norte, las lluvias han sido torrenciales” (editorial-c 1). Al margen de sus méritos literarios, el texto del político y escritor tinerfeño Luis Rodríguez Figueroa, alias *Guillón Barrús* (Yanes, *Historia del Periodismo* 589) resulta sumamente esclarecedor para entrever el impacto, tras la “pertinaz” sequía de enero de 1918 a septiembre de 1919, del tiempo meteorológica excepcionalmente húmedo de los últimos cinco meses en la sufrida, y desconcertada población canaria, que sobrellevaba la dura crisis socioeconómica desatada por la I Guerra Mundial.

Llueve desde hace más de veinte días, con sus noches correspondientes. Nadie recuerda un llover semejante. Llueve sin cesar, a cada hora, a cada momento. No escampa ni un instante. Llueve de un modo extraordinario, persistente, que aburre y desespera. Llueve copiosamente; llueve a cántaros; llueve a chuzos; llueve a raudales... Llueve como si todo el espacio fuera agua, y nada más que agua. Desde arriba la lluvia domina la tierra y la penetra hasta empaparla y hacerla desaguar en una incontinenia violenta por barrancos, ramblazos y torrenteras. Todo el cielo no es más que agua, para la cual va siendo insuficiente la esponja de la tierra. Llueve como sólo debió de haber llovido en los orígenes del mundo, cuando los elementos cósmicos hervían de una manera espantosa en el inabarcable crisol del infinito [...] Llueve sobre mojado y cada día más [...] Llueve como para que nos quedemos hartos de agua por cincuenta años [...] Llueve a todo llover [...] Llueve a chorros, agresivamente, como por maldición o por castigo. Nuestro afán de que lloviese tuvo tal intensidad deprecatoria, que ya hasta nos arrepentimos del propio ruego, previendo las contingencias de un llover tan incesante. Llueve... llueve... llueve... llueve... No se oye otra cosa, ni podemos decir otra cosa, sino que llueve. (Guillón Barrús 1)

A juzgar por las informaciones, donde se dejaron sentir con mayor violencia los efectos del aluvión fue en el norte de Tenerife y, en particular, en la Victoria de Acentejo, cuyos vecinos, en símil utilizado por *El Progreso*, tuvieron la oportunidad de asistir “poco menos que [a] el fin del mundo” (sin firma-ac 2). Según detalló *La Prensa*, en este municipio norteño “la mayoría de las casas de la localidad se inundaron totalmente, habiéndose derrumbado ocho edificios. Las calles y los caminos parecen verdaderos barrancos [...] Las Casas Consistoriales se inundaron por completo [...] En los campos han desaparecido las sementeras, arrastradas por las aguas” (sin firma-ad 1). Por su parte, *El Progreso* abrió por entonces una sección de breves notas, prácticamente diaria, bajo el título “El mal tiempo” con el propósito de dar cauce a los telegramas y oficios remitidos por las autoridades locales y la Guardia Civil desde los distintos municipios al gobernador civil, la inmensa mayoría de los cuales procedían del norte de Tenerife. Ente otras cosas, estos textos hablan de “casas destruidas” en Tacoronte, de muros derrumbados en la iglesia de San Agustín en Icod y del cementerio del Realejo Bajo, así como de otros destrozos similares en toda la zona, con un especial protagonismo de las ciudades más importantes, La Laguna y La Orotava.

A inicios de mayo de 1920, tras el paréntesis de unos dos meses en el que las lluvias perdieron protagonismo en la agenda informativa, *El Progreso* afirmaba de nuevo que “desde hace unos días el tiempo se muestra [en la capital provincial] casi completamente invernal y fresco: frecuente viento fuerte, muchos cúmulos que apenas dejan ver el Sol y, por las noches y mañanas, chaparrones” (sin firma-ae 3). El caso es que, en días sucesivos, fueron noticia por su abundancia las precipitaciones que cayeron en el norte de Tenerife y, en particular, en Tacoronte, hasta el extremo de que, a tres días vista del inicio oficial del verano, *La Prensa* informaba que “se ha presentado de nuevo [...] la lluvia que tantos estragos ocasionó en este último mes, arrasando las uvas y patatas. Con este motivo se están enfermando la viña y los trigos tardíos” (sin firma-af 2). Por consiguiente, el tiempo lluvioso había proseguido hasta mediados de 1920, al menos, en la vertiente a barlovento de Tenerife y, más que probablemente, de las zonas homólogas de las islas más montañosas, por más que, al dejar de ser noticia por haber amainado su intensidad, no quedaron reflejadas en los periódicos como en los primeros meses del año. A juzgar por la paralela ausencia de las tradicionales quejas de las zonas más áridas del territorio insular por la escasez de agua en los períodos estivales, el verano debió ser bastante llevadero en todo el Archipiélago.

Tras el período estival, las lluvias volvieron a la actualidad en otoño, a caballo de octubre y noviembre, cuando “los chubascos que en días anteriores

cayeron, en las últimas horas de la tarde de ayer, se recrudecieron y desde aquellos momentos hasta el presente, salvo ligeros instantes, llueve copiosamente, y, algunas veces, recia y violentamente». Por entonces, el tiempo en Santa Cruz y La Laguna era “invernizo en absoluto: viento, frío, lluvia, relámpagos. Ha comenzado, pues, el reinado del paraguas” (sin firma ag 2), apostillaba *El Progreso* como si el uso de las prendas para protegerse de la lluvia fuera habitual en el Archipiélago, lo que revela hasta qué extremo el prolongado período de precipitaciones vivido meses atrás había calado en la memoria colectiva isleña.

## 8. LA SEQUÍA DE 1921 Y LAS LLUVIAS, CON CALIMA Y CALORES ESTIVALES EXTREMOS, DE 1922

La sequía volvió a predominar en el agro insular desde inicios de 1921, tal y como refleja la reaparición de las tradicionales quejas por la escasez de agua desde los rincones más diversos del Archipiélago, hasta bien avanzado el otoño, cuando las precipitaciones reaparecieron con intensidad e irradiación crecientes para, con la llegada de 1922, empezar de nuevo a ser noticia en las zonas más húmedas por los problemas que causaban en el quehacer diario de los ciudadanos. Esta nueva coyuntura lluviosa conllevó a mediados de enero un evento traumático, cuando hicieron acto de presencia, “con violencia grandísima”, una serie de “chaparrones que duraban cinco minutos” acompañados de truenos, relámpagos, algunas granizadas y un vendaval que “tomó proporciones de huracán”, hasta el extremo de arruinar todas las plantaciones (sin firma ah 1). Después del temporal, las precipitaciones se suavizaron y prosiguieron con breves paréntesis de receso, mucho más cortos en las vertientes expuestas a los alisios en las islas más montañosas que en el resto del Archipiélago, a lo largo de los diez días que quedaban de enero y todo febrero, lo que hizo al diario republicano *El Progreso* exclamar que no podía “pedirse invierno mejor que éste. Ha caído agua a pedir de boca” (sin firma-ai 2). La satisfacción era aún más acusada en las zonas áridas del Archipiélago, lo que, desde Gran Canaria, inspiró al escritor Francisco González Díaz (1866-1945) este insólito texto literario dada la habitual sequedad de su isla:

Las aguas del cielo han lavado profusamente a nuestra Bella Pluviosa, y sale de las repetidas abluciones espléndida de frescura y verdura. Sus campos bendicen al invierno; un suntuoso manto esmeralda los cubre. Cuando de tarde en tarde brilla el sol entre las nubes que muy pronto lo vuelven a ocultar, sus rayos juegan con las gotas de lluvia,

grandes perlas suspendidas de los árboles, y les arrancan vivos destellos. La vegetación, limpia, barnizada, alegre, bajo la descarga de los grandes chubascos, se sacude voluptuosamente al soplo de la brisa lanzando chispazos cristalinos. Sobre la tierra, henchida de gérmenes, blanda y húmeda, se amontonan los despojos vegetales que el viento ayer arrastró... Y el conjunto del cuadro es una apoteosis del verde vital en la naturaleza renovadora, el triunfo de un color imperativo que borra todos los demás colores. Verdes las tierras labradas y cultivadas de cuyo seno está brotando el pan futuro; verdes las montañas, verdes los hermosos senderos; verdes los estanques cubiertos de una espesa capa de limo; verdes las techumbres de las rústicas viviendas asaltadas por los yerbazales invernizos que se deshilachan y desflecan juguetes del aire vagabundo; verdes en el reflejo del ambiente los rostros de los labriegos; verde todo como en una gruta submarina. Y nuestra Bella Pluviosa, tan bienquerida del invierno, le sonrío con amor. (González Díaz 1)

Pero en el norte de Tenerife, las lluvias habían sido tan recurrentes, e intensas, que, antes de terminar febrero, el panorama se divisaba en el municipio de Tacoronte desde una óptica muy diferente a la que una semana atrás había instado a Francisco González Díaz nominar “Bella Pluviosa” a la isla de Gran Canaria.

Nada hay que entristezca más el ánimo y apene más nuestro ser que esos días grises, de “luz carcelaria” y de semipenumbra. Las nubes, a poco de amanecer, surgen por todo el horizonte, acumulándose, estrechándose unas contra otras, formando un todo que nos priva la vista del hermoso azul del cielo [...] y de esa estrella brillante llamada Sol que nos da vida y calor con su inmenso manantial de luz que esparce por todos los ámbitos del espacio. La lluvia cae copiosamente [...] ¡Qué frío tan grande!, dicen las gentes del pueblo. Y se las ve cruzar rápidas, envueltas en gruesas, amplias y peludas mantas, perdiéndose dentro de la espesa niebla [...] La persistencia de las lluvias ha sido tal que [...] los terrenos de toda esta comarca se hallan completamente encharcados temiéndose que se pierdan las cosechas si no vienen pronto días de Sol. Estas lluvias sorprendieron a los terratenientes sin terminar sus labores agrícolas y, lo que es más aún, sin terminar la recolección de la anterior cosecha de patatas. Se conjetura que en esos terrenos no podrán hacerse nuevas

plantaciones para la cosecha veranera, pues habría de ser muy tardía, en junio por lo menos, y por lo tanto de resultado dudoso. En este momento en que termino estas cuartillas, llueve copiosamente y densa niebla lo invade todo. (Bonnet, “Por los campos” 1)

En marzo, abril y mayo, el volumen y la frecuencia de las precipitaciones debieron bajar considerablemente en las vertientes a sotavento y en las islas más áridas (Rial 1), dado que, a inicios de junio, El Hierro estaba de nuevo de actualidad por la escasez de agua (sin firma-aj 1). Sin embargo, en la ciudad de Santa Cruz de Tenerife (Ondino, “Temas de estío. Fracasos” 1) y, sobre todo, en el municipio norteño de Tacoronte, seguía predominando la humedad en pleno período estival por insólito que resulte en la climatología insular. Así, a mediados de un mes tan caluroso como julio, en esta última localidad, “los días amanecen nublados, oscuros, grises [...] una llovizna fina, muy fina, cae casi continuamente. Las eras están [...] esperando el buen tiempo para empezar la trilla [...] De continuar estas inesperadas lluvias, no solo se perderá una parte del trigo [...] sino que los viñedos sufrirán grandemente, pues en algunos se ha presentado ya el *mildew*, el *oidium*, la cenicilla, y el *black rot*” (Bonnet, “Notas tacoronteras” 1).

Pero antes de las tres semanas, a poco de comenzar agosto, las temperaturas y el grado de insolación habían alcanzado tales niveles en La Laguna que la corporación municipal había acordado que, “a partir de hoy, cada vez que haya calores como los que estamos sufriendo, se limite el suministro de agua al pueblo, poniéndola unas horas a la Villa de Arriba y otras al resto de la ciudad” (sin firma-ak). Paralelamente, de Gran Canaria llegaban noticias sobre “las olas de fuego” que habían provocado “muchos accidentes, entre ellos el fallecimiento de una mujer por insolación”, obligado a suspender las labores agrícolas y “causado grandes daños en la agricultura, sobre todo a las frutas y a los viñedos” (sin firma-al 2). Asimismo, en el municipio de La Oliva, en Fuerteventura, se había producido “otra víctima del calor por insolación” (sin firma-am 2), mientras las tripulaciones de los buques recién llegados a los puertos decían que “la densa calima que ha rodeado últimamente al Archipiélago hacía en extremo difícil ver la tierra [...] sobre todo en Gran Canaria, Fuerteventura y Lanzarote” (sin firma-an 1). La consecuencia más inmediata de la fuerte ola de calor y el polvo sahariano en el agro insular fue la pérdida de la cosecha de la uva, lo que “tal desgracia” también se debió “a las aguas y tiempo brumoso que hubo hasta bien avanzada la estación [veraniega en Tacoronte y, en general, el norte de Tenerife]. En unas zonas, pues, la uva se perdió por exceso de humedad y en otras por exceso de calor” (Ondino, “Temas de estío. La pérdida” 1). Todavía en la segunda semana

de septiembre, del Hierro llegaban noticias sobre “los intensos calores que [...] hasta la fecha se han dejado sentir [...] los vientos secos que se han presentado han causado varios desperfectos en los árboles y plantas... [y, como era habitual, había]... gran escasez de agua” (sin firma-ao 1).

Los calores y la calima de la primera mitad de agosto de 1922, con sus coletazos subsiguientes, no desaparecieron de la atmósfera insular hasta mediados de octubre, cuando «por fin hoy llovió; y ha llovido recio. Yo no sé si las tierras de cultivo habrán cogido centro [por la fuerte sequedad de los dos meses anteriores], lo que sí sé es que ya el polvo no nos molestará, no nos asfixiará» (Ondino, Temas de Otoño 1 y 2). Pero aquellas primeras precipitaciones no fueron generalizadas, tal y como ilustra el hecho de que dejaran al margen algunas zonas de la isla más húmeda del Archipiélago, La Palma, donde era “enorme la concurrencia de gente de los pueblos de Breña Alta, Breña Baja y Mazo que, día y noche, acude a los pozos de la playa de Bajamar a proveerse del agua indispensable para el consumo doméstico” (sin firma-ap). A renglón seguido, “tras cubrirse el cielo de densísimos y amenazantes nubarrones”, en la capital provincial “comenzó a llover violentamente, acompañando a la lluvia intensísimos relámpagos y truenos tan estrepitosos que hacían trepidar las ventanas, puertas y muebles. Hora y media duró esta tempestad [...] El tiempo continúa amenazando” (sin firma-aq 1). Días más tarde, desde Icod llegaban noticias que, confirmando la prolongación de las precipitaciones, celebraban la reciente caída de “abundantes lluvias en este término, que han traído el consuelo y la alegría a los sufridos labradores” (sin firma-ar 1).

## 9. LOS VIOLENTOS ALUVIONES DEL 29 Y 30 DE NOVIEMBRE DE 1922

Súbitamente, sobre las doce y media del día 29 de noviembre de 1922, “comenzó a llover [en la capital provincial] y, media hora después, la lluvia era un diluvio. Las calles fueron cubiertas por el agua de acera a acera [...] se han inundado numerosas casas en diversos lugares y se han caído techos [...] el barranco de Santos se desbordó” (sin firma-as 2). Esta información, ofrecida apresuradamente a horas de tarde-noche por el diario vespertino *El Progreso*, fue detallada al día siguiente por el matutino *La Prensa* en un extenso texto en el que, tras afirmar que “todos los adjetivos usuales en estos casos pueden aplicarse sin el menor escrúpulo a las aguas que ayer hubo de propinarnos, como remate, el dichoso tiempo sudeste que hemos venido padeciendo”, detalló con estos términos:

El espectáculo en las calles, desde eso de la una, hora en que se inició la mayor intensidad del agua, era algo imponente [...] El chaparrón de agua [...] originó serios contratiempos en los edificios públicos y casas particulares, de muchas de las cuales salían verdaderos torrentes por los zaguanes [...] en la Audiencia, según nos dicen, también se anegó el archivo [...] la alcantarilla de la calle de Consolación se reventó [...] Lo más sensible de lo ocurrido, dado el peligro que supone, ha sido la enorme balsa de agua que se formó en la calle de la Marina, frente al edificio del Consulado alemán [...] Los daños en los sembrados, aunque todavía no los podemos precisar exactamente, sabemos que han sido también considerables [...] El hecho que ocurre precisamente cuando aún se quejaban los agricultores de la falta de agua, por aquello de que la tierra no había cogido “centro”, ha venido a desconcertar a todos y a perjudicar no poco los intereses agrícolas de la isla [...] A juzgar por las noticias que recibimos de varios pueblos, las lluvias se han circunscrito a la parte sur de la isla. Los viajeros que llegaban de La Laguna se encontraron sorprendidos con el aluvión al llegar más abajo de Villa-Benítez, desde donde observaron el curioso fenómeno que ofrecían los grandes torrentes de agua que bajaban por la cordillera de Anaga y el imponente espectáculo de la tromba que se deshacía en copiosas lluvias sobre la ciudad. (editorial-d 1)

Tras no poder sacar la edición del día siguiente, la del primero de diciembre de 1922, por acentuarse hasta extremos insólitos la violencia de los aguaceros y, a consecuencia de ello, “haberse inundado parte de nuestros talleres durante la noche del jueves [el 30 de noviembre], impidiendo el funcionamiento de nuestras máquinas” (editorial-e 1), *La Prensa*, tras sobreponerse a todas las dificultades por no poder contar con “el servicio de gas, que nos es indispensable para el funcionamiento de la linotipia”, ofreció a sus lectores un cúmulo de detalles sobre “los estragos causados por los enormes temporales de los últimos días, que han sido sin duda los más importantes que se recuerdan en *La Provincia*”. Párrafos abajo, el notable rotativo isleño reproducía los datos científicos de las precipitaciones de ambos días, el 29 y 30 de noviembre, disponibles para la ciudad de Santa Cruz de Tenerife, al tiempo que, para dejar en evidencia la envergadura del suceso meteorológico, comparaba tales cifras con las relativas a las del insólito mes de febrero de 1920 que tan grande impacto causara por sus persistentes lluvias entre los coetáneos. Así,

La lluvia caída en esta capital durante los últimos días, según las observaciones verificadas en la Granja Agrícola, acusan las siguientes cifras en milímetros: día 29, de 8 de la mañana a 4 de la tarde, 67 mm; día 29, de 4 de la tarde a 8 de la mañana del día siguiente, 55 mm [con la matización de que, en este día, fueron inferiores las aquí recogidas a las que cayeron en el casco de la ciudad]; día 30, de 8 de la mañana a 4 de la tarde, 88 mm; día 30 de 4 de la tarde a 8 de la mañana del día 1 de diciembre, 110 mm, total: 320 mm [...] durante las tormentas del mes de febrero del año 20, la cantidad de agua se elevó a 385 milímetros en todo el mes, cifra que casi han llegado a alcanzar las recientes lluvias en un período de 48 horas [...] del observatorio de Izaña nos comunican que en las últimas treinta horas acusó el pluviómetro 285 milímetros, siendo la velocidad del viento de 30 metros por segundo. En la mañana del viernes [1 de diciembre] amainó la tormenta; pero continuaba el viento sur. (editorial-f 1)

Los dos días de temporal que, acompañados a ratos de una “aparatosa tormenta de truenos y relámpagos [...]” llegaron a producir verdadero sobresalto por la persistencia” entre los habitantes de la ciudad de Santa Cruz de Tenerife, llevaron a cotas desconocidas los quebrantos que, desde inicios de 1918 para acá, habían producido los eventos de su misma naturaleza en estos años de finales de la I Guerra Mundial y la posguerra. Así, en esta ocasión, evidenciando el mayor volumen y violencia de los aluviones de los días 29 y 30 de noviembre de 1922, entre los daños causados figuraron la paralización casi total de la vida laboral, la suspensión de las clases en todos los centros educativos, la interrupción de las conexiones telegráficas con todas las islas y localidades del Archipiélago salvo Las Palmas de Gran Canaria y la rotura de muchos de los desagües de las aguas fecales en varias calles de la ciudad, “hundiéndose el pavimento... [y]... anegando los escombros y la inmundicia” la vía pública. Asimismo, en esta ocasión llamó mucho la atención el aspecto que ofrecían las aguas marinas de la costa de Santa Cruz, dado que como “todos los barrancos que afluyen a la cuenca de esta capital, han traído gran caudal de agua, arrastrando a la vez [...] mucha tierra de plantío que la falta de arbolado no ha podido defender [...] la zona de color fangoso en el mar [...] abarca una extensión que casi forma horizonte” (sin firma-at).

Pero si fuertes fueron los aluviones caídos el 29 y 30 de noviembre en Santa Cruz, más aún lo fue el que, en el segundo de estos dos días, cayó en La

Laguna, donde “el pluviómetro, en el observatorio del Instituto, acusó una lluvia de 269 milímetros en las 24 horas; es decir, una mitad más de lo que llovió cuando el histórico aluvión del 79, que había sido hasta ayer el más fuerte de cuantos se hacía memoria” (Sin firma-au 1). Para corroborar que se trataba del episodio meteorológico más desproporcionado de los vividos en la ciudad universitaria desde que se tenían mediciones al respecto, el diario de Leoncio Rodríguez volvió a comparar las cifras disponibles de los eventos históricos de su misma naturaleza, lo que nos ha permitido contrastar, y depurar, las cuantificaciones correspondientes.

Algunos datos comparativos y las cifras que acusaron los más fuertes aluviones: el de 1879, el día 19 de diciembre, cuya cantidad de agua no pudo medirse exactamente por haberse llenado el pluviómetro, se calculó de 180 a 200 milímetros. En 3 de enero de 1918, el temporal, que arrancó árboles, derribó muros y causó otros considerables destrozos, acusó una lluvia de 109 milímetros. Y en 12 de febrero de 1920, que llovió día y noche, marcó el pluviómetro 123’2 milímetros. Nunca, pues, desde que se hace memoria, ha sido tan abundante el agua en La Laguna. (sin firma-au 1)

Sin embargo, en el resto de la vertiente más húmeda de la isla, el norte, al tratarse de un “tiempo sudeste”, las precipitaciones fueron esta vez mucho más sosegadas, lo que dejó testimoniado la nota que, desde el municipio de La Orotava, le envió el corresponsal a *La Prensa*:

Los viajeros que llegan a esta Villa procedentes de esa capital y La Laguna, no cesan de hablar del furioso temporal de agua que ha descargado sobre esas ciudades. Por esta zona, el tiempo hasta ahora indeciso entre el viento y el agua, parece haberse decidido por ésta [...] desde la noche del jueves [el 30 de noviembre], prolongados y copiosos aguaceros han caído, casi sin interrupción, sobre nuestras ya sedientas tierras, que los habrán recibido con verdadera fruición [...] por cuyos barrancos discurre un gran caudal de aguas terrosas.

En la vida cotidiana de la población lagunera, aquellos datos se tradujeron en “una verdadera catástrofe [...] las avenidas y los campos que circundan la ciudad hállanse convertidos en una inmensa laguna. Y en medio de ella, vacías, abiertas de par en par y a medio sumergir, las casas semejan restos de un naufragio”. Paralelamente, *La Prensa* cifraba en medio millar los animales

“arrastrados por la corriente. Vacas, cerdos, asnos, corderos, cabras, gallinas, etc., se ven pasar constantemente por los barrancos”, resaltando el “milagro” de que, como “el fluido eléctrico quedó interrumpido a eso de las 11”, los ciudadanos de la ciudad universitaria sobrellevaran “los mil peligros de una tormenta como no se recuerda otra igual” sin medios y a oscuras.

Como anticipamos líneas atrás y, explícitamente reconoció *La Prensa* desde que se hizo con las primeras noticias al respecto, al margen de La Laguna, en la vertiente a sotavento de la isla fue “donde más intensamente ha descargado el temporal”, sin poder precisar los desperfectos porque “se hallan interrumpidas las comunicaciones”. Dos días más tarde, a la vista del informe que el alcalde del municipio de Güímar le había hecho llegar al gobernador civil de *La Provincia*, *La Prensa* daba a conocer que la carretera de dicha localidad a la costa había quedado seccionada en tres trozos y que “los pescadores que viven en el puerto [ante el voluminoso caudal de agua que venía de la cumbre] abandonaron sus viviendas, llenos de pánico” (sin firma-av 2). De La Gomera, el diario católico conservador *Gaceta de Tenerife* reprodujo, asimismo, el informe que el delegado del Gobierno en la isla colombina había remitido a la primera autoridad de *La Provincia*, en el que, entre otras cosas, decía que “el fuerte temporal de lluvias que desde hace ocho días tenemos [...], desencadenó hoy furiosamente sobre esta villa, arrastrando por completo grandes extensiones de terreno dedicados a las labores agrícolas [...] puedo asegurarle que la cosecha tomates, única riqueza, se perdió por completo” (sin firma-aw).

Este “tiempo sudeste, que tantos daños ha ocasionado en Tenerife”, también se dejó notar en Gran Canaria, Lanzarote y Fuerteventura, donde los beneficios a medio plazo compensaron, y con creces, los destrozos, a pesar de que estos no fueron nada desdeñables como ilustra el hundimiento, en el muelle de Arrecife, del “parapeto y el adoquinado en una extensión de 50 metros”, y en las carreteras de Gran Canaria, los graves desperfectos sufridos en el puente de Jinámar, la caída de un risco sobre el firme en la del Norte o el desmoronamiento de las obras en la aldea de San Nicolás. En la ciudad Las Palmas (sin firma-ax), donde “en la madrugada del jueves llovió a torrentes... [y]... el ruido del agua hizo perder el sueño a gran parte del vecindario”, las noticias llegadas a Tenerife hablaban de la inundación de viviendas y del desbordamiento del barranco de Guinguada, con el consiguiente arrastre de “gran cantidad de plataneras y diversos árboles y animales”. En los días posteriores a los devastadores temporales del 29 y 30 de noviembre de 1922, las aguas volvieron, poco a poco, a su cauce, aunque solo por momentos porque aún estaban por llegar los temporales de 1924, 1925 y 1926 que, junto a los de la I Guerra Mundial y la posguerra objeto de este estudio, configuraron el

excepcional tiempo meteorológico que, entre finales de 1917 e inicios de 1926, reinó en las Islas Canarias (Dorta 133-160).<sup>7</sup>

### Datos estadísticos sobre las precipitaciones más violentas

Períodos de tiempo	Litros / m <sup>2</sup>	Lugar de las mediciones
09/12/1879	180-200	Instituto de La Laguna
Diciembre de 1879	293-313	Instituto de La Laguna
03/01/1918	200	Observatorio de Izaña
03/01/1918	109	Instituto de La Laguna
12/02/1920	123,2	Instituto de La Laguna
Del 11/02/1920 al 28/02/1920	348	Instituto de La Laguna
Del 11/02/1920 al 28/02/1920	298,84	Granja Agr. de S/C de Tfe.
Febrero de 1920	385	Granja Agr. de S/C de Tfe.
De 8:00 a 16:00 horas del 29/11/1922	67	Granja Agr. de S/C de Tfe.
De 16:00 h. del 29/11/1922 a 8:00 h. del 30/11/1922	55	Granja Agr. de S/C de Tfe.
De 8:00 a 16:00 horas del 30/11/1922	88	Granja Agr. de S/C de Tfe.
De 16:00 h. del 30/11/1922 a 8:00 h. del 01/12/1922	110	Granja Agr. de S/C de Tfe.
De 8:00 h. del 29/11/1922 a 8:00 h. del 01/12/1922	320	Granja Agr. de S/C de Tfe.
30/11/1922	269	Instituto de La Laguna
En 30 horas del 29 y 30/11/1922	285	Observatorio de Izaña

**Fuente:** Elaboración propia a partir del análisis de contenido de los diarios republicano-progresistas *El Progreso* (1905-1932) y *La Prensa* (1910-1939) y los monárquico-conservadores *Gaceta de Tenerife* (1910-1939) y *La Provincia* (1911), en base a la línea de investigación que, tanto desde el punto de vista cuantitativo como cualitativo, tenemos abierta sobre *La Prensa* canaria (Yanes, *Metodología de la Historia* 299-340).

7 Este geógrafo, especializado en la climatología isleña, y a quien agradecemos la información oral y la orientación bibliográfica que nos ha facilitado, deja en evidencia el mayor distanciamiento, muy superior al del lustro aquí estudiado, de las llegadas de los temporales de agua y viento a las Islas Canarias en el resto de la contemporaneidad. Además, tanto su artículo referenciado como los que cita al ocuparse de aspectos relacionados con la temática tratada, reflejan que el período cronológico más trabajado es el que va de los años cincuenta del siglo XX hasta la insólita llegada, al seguir un curso antagónico al de este tipo de eventos, de la tormenta tropical Delta al Archipiélago los días 28 y 29 de noviembre de 2007. De los años anteriores a los cincuenta, tan solo disponemos de estudios puntuales sobre algunos episodios traumáticos (temporales, sequías, olas de polvo sahariano, etc.) que han dejado huellas en los archivos, ninguno de los cuales, por lo demás, ha reparado en la enorme singularidad del lapso que va de inicios de 1918 hasta finales de 1922 con el apéndice del trienio 1924-1926.

## 10. EPÍLOGO: LA DESDRAMATIZADA PERCEPCIÓN DE LOS TEMPORALES DEL TRIENIO POSBÉLICO 1924-1926

Una vez reactivada la exportación frutera a Inglaterra al calor de la bonanza económica que, a escala internacional, trajeron los “felices” años veinte, las Islas Canarias acusaron la incidencia de otros tres sucesos meteorológicos tan traumáticos como los anteriores. Sin embargo, como las calamidades de la guerra y la posguerra habían pasado a mejor vida, los hechos se percibieron y afrontaron desde ópticas muy diferentes, por más que el impacto de todos ellos fuera a corto plazo igual de perjudicial en la vida cotidiana insular. Del primero, acaecido en la noche del sábado 15 de noviembre de 1924, si bien produjo en Tenerife “considerables destrozos, particularmente en las fincas y sembrados del sur”, interrumpió la circulación por las carreteras de las dos vertientes de la isla y, al menos, cegó la vida de tres personas (sin firma-ay 2), lo que más atrajo el interés informativo de *La Prensa* fue el impacto, por su novedad, de los rayos en los postes y locutorios de las estaciones telefónicas que, por entonces, se estaban habilitando en todos los pueblos (Sin firma-az). Algo similar ocurrió un año más tarde con el segundo de estos eventos, por más que también causara, al menos, otra víctima humana, de cuyos efectos este mismo diario resaltó el retorno, sin poder amerizar “por temporal muy grande de agua y viento” (sin firma aaa 3), de un flamante hidroavión que había salido de Casablanca hacia el puerto de Las Palmas de Gran Canaria, así como la demora con la que, en los días siguientes, recibió el servicio telegráfico de Madrid.

Finalmente, el tercero, y más grave de todos, irrumpió a poco de comenzar el año 1926 con especial virulencia en Gran Canaria, en cuya capital “las aguas sacaron de sus sepulturas los cadáveres del Cementerio Inglés”, el barranco Guinguada se desbordó por el puente de Palastro, arrasando con todo lo que se encontró a su paso (sin firma-aab 1),<sup>8</sup> y hubo que lamentar, al menos, tres fallecimientos; al tiempo que los daños en cultivos, viviendas y comunicaciones en el interior de la isla eran cuantiosos. Pues bien, como por la bonanza económica no solo había más medios para las autoridades insulares, sino también para los periodistas, todos los diarios tinerfeños desviaron su atención hacia Gran Canaria y, como el temporal tenía escala estatal, la península, refleja la creciente apertura de la vida insular al exterior al calor del crecimiento económico de la época (Yanes, Leoncio Rodríguez 206-209).

---

8 Evidenciando las mejoras de la infraestructura tecnológica de los periódicos al calor de la bonanza económica de los «felices» años veinte, la información, con titulares que cubren las seis columnas de la primera página, cuenta con el apoyo gráfico (ausente en los críticos años del lustro aquí estudiado, 1918-1922) de sendas fotografías que muestran el enorme caudal que llevaban los barrancos de Santos, en Santa Cruz de Tenerife, y Guinguada, en Las Palmas de Gran Canaria.

## 12. RECAPITULACIÓN FINAL

Aunque la alternancia de series de años lluviosos y secos ha sido una constante en las Islas Canarias a lo largo de la Historia dentro de su benignidad climática, pocas veces (ninguna en la contemporaneidad) se han sucedido, y con semejante virulencia, tantos episodios traumáticos de ambos tipos de secuencia como en el lustro aquí estudiado. En efecto, en el puñado de años comprendido entre inicios de 1918, el último año de la I Guerra Mundial, y finales de 1922, cuando la economía isleña empezaba a dejar atrás la crisis causada por la conflagración bélica, dos “pertinaces” sequías, la primera más prolongada pero ambas igual de dañinas, y una ola de calor estival acompañada de una densa calima se intercalaron con tres períodos inusualmente húmedos, tanto en intensidad como en duración, que, dañando los cultivos al alterar el ciclo agrario tradicional, albergaron, nada menos que, una media docena de sucesos meteorológicos catalogados, por quienes los sufrieron en carne propia, como aluviones, temporales, trombas marinas e, incluso, diluvios. Para mayor infortunio, todos ellos impactaron en un archipiélago muy dependiente del exterior que, por la desconexión con sus mercados europeos y el aislamiento durante la I Guerra Mundial y la posguerra, sobrellevaba una profunda crisis socioeconómica y una acuciante escasez de artículos de primera necesidad que solo podía paliar con el policultivo de subsistencias interno. Con tales aprietos, las páginas de *La Prensa* coetánea reflejaron magníficamente, desde el calamitoso contexto de la época, el dramatismo con el que se percibieron los desconcertantes vaivenes de la meteorología isleña con el uso, y abuso, de términos catastrofistas a la hora de detallar los daños sufridos en las viviendas, plantaciones e infraestructuras. Para ponderar desde parámetros de la época la singularidad de los hechos y de la información generada por estos en aquella calamitosa coyuntura, basta con echar un vistazo al sosiego y la generalidad con los que, una vez superada la crisis económica, se cubrieron los inmediatos temporales que, con una violencia similar porque se llevaron por delante varias vidas humanas, llegarían en 1924, 1925 y 1926. En años posteriores, el frenazo que experimentó el ritmo de irrupción de estos temporales de lluvia y viento desde entonces hasta la actualidad, hace explicable que las vivencias meteorológicas del lustro objeto de estudio por las miserias de la I Guerra Mundial hayan quedado registrados en la memoria colectiva de la sociedad insular como «los tiempos de antes», de los que todavía hablan las personas de mayor edad en las zonas rurales.

En síntesis, el lustro estudiado por nosotros comenzó a mediados de diciembre de 1917 con el cese de una dilatada sequía y la llegada de unas lluvias torrenciales que, tras el aluvión del 3 de enero de 1918, dieron paso a otro ciclo de aridez mucho más virulento y prolongado hasta después del verano

de 1920, cuando las precipitaciones reaparecieron en las zonas más húmedas del archipiélago. A partir de entonces, las islas entraron en un período lluvioso cada vez más intenso y generalizado que desembocó en una tromba marina el 8 de febrero de 1920, frente al puerto de Santa Cruz de Tenerife, y sendos aluviones los días 26 del mismo mes y, con más violencia aún, 2 de marzo de 1920. La inestabilidad atmosférica prosiguió hasta finales de año, momento en el que reapareció la sequía hasta el otoño de 1921, cuando las lluvias fueron bien acogidas en las zonas más áridas del archipiélago, no en las vertientes a barlovento de las islas más montañosas por su intensidad y persistencia. Luego, tras un verano extremadamente seco en 1922 por las altas temperaturas y la irrupción de polvo en suspensión (calima) procedente del desierto del Sáhara, llegarían los devastadores aluviones del 29 y 30 de noviembre del mismo año, que supusieron algo así como el colofón al rocambolesco tiempo meteorológico vivido por las Islas Canarias en este puñado de años.

#### Línea de tiempo del período objeto de estudio (1918-1922)



**Fuente:** Elaboración propia a partir de los resultados obtenidos con el análisis de contenido de los cuatro diarios citados en base a la metodología desarrollada con nuestra línea de investigación (Yanes, Metodología de la Historia 299-340).

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Brito González, Oswaldo. *Historia del Movimiento Obrero Canario*. Editorial Popular, 1980.
- Burke, Peter. *¿Qué es la historia cultural?* Ediciones Paidós Ibérica, 2006.
- Burriel de Orueta, Eugenio. *Canarias: población y agricultura en una sociedad dependiente*. Oikos-Tau, 1981.
- Cioranescu, Alejandro. *Historia de Santa Cruz de Tenerife*, 4 Vol., 1803-1977. Caja General de Ahorros de Santa Cruz de Tenerife, 1979.
- Díaz Rodríguez, María del Carmen. “Estructura de la población”. *Geografía Humana*, tomo II de *Geografía de Canarias*. Editorial Interinsular Canaria, 1985, pp. 102-130.
- Dorta Antequera, Pedro. “Catálogo de riesgos climáticos en Canarias: amenazas y vulnerabilidad”. *Geographicalia*, no. 51, 2007, pp. 133-160.  
DOI: [https://doi.org/10.26754/ojs\\_geoph/geoph.2007511118](https://doi.org/10.26754/ojs_geoph/geoph.2007511118)
- Dorta Antequera, Pedro, et. al. “Turismo y amenazas de origen natural en la Macaronesia. Análisis comparado”. *Cuadernos de Turismo*, no. 45, 2020, pp. 61-92.  
DOI: <https://doi.org/10.6018/turismo.426041>
- Gaddis, John Lewis. *El paisaje de la historia. Cómo los historiadores representan el pasado*. Anagrama, 2004.
- García Rodríguez, José León. “La evolución de la población”. *Geografía Humana*, tomo II de *Geografía de Canarias*. Editorial Interinsular Canaria, 1985, pp. 44-68.
- Gunn, Simon. *Historia y teoría cultural*. Universitat de València, 2011.
- Martín Galán, Fernando y otros. “Ciudades y núcleos urbanos”. *Geografía Humana*, tomo II de *Geografía de Canarias*, Editorial Interinsular Canaria, 1985, pp. 198-242.
- Martín Martín, Víctor Onésimo. *El turismo en el sur de Tenerife: de la renta agraria a la renta del ocio*. Cabildo Insular de Gran Canaria y Cabildo Insular de Tenerife, 2000.
- Marzol Jaén, María Victoria. “El clima”. *Geografía Física, tomo I de Geografía de Canarias*. Editorial Interinsular Canaria, 1985, pp. 157-202.
- Máyer Suárez, Pablo Lucas. “Un siglo de temporales en *La Prensa* de Gran Canaria”. *Vegueta*, no. 4, Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, 1999, pp. 267-282.

- . “Desarrollo urbano e inundaciones en la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria (1869-2000)”. *Investigaciones Geográficas*, no. 28, 2002, pp. 145-159. DOI: <https://doi.org/10.14198/INGEO2002.28.07>
- Yanes Mesa, Julio Antonio. *Leoncio Rodríguez y «La Prensa»: una página del periodismo canario*. Cabildo Insular de Tenerife, 1995.
- . *Crisis económica y emigración en Canarias. El puerto de Santa Cruz de Tenerife durante la guerra europea*. Centro de la Cultura Popular Canaria, 1997.
- . *Historia del Periodismo Tinerfeño (1758-1936). Una visión periférica de la Historia del Periodismo Español*. Centro de la Cultura Popular Canaria, 2003.
- . *Metodología de la historia de la comunicación social en Canarias. La Prensa y las fuentes hemerográficas*. Ediciones Baile del Sol, 2005.
- . *Santa Cruz de Tenerife durante la Primera Guerra Mundial. La vida cotidiana en un enclave neutral de la periferia europea en el Atlántico, asolado por el aislamiento y abrumado por la propaganda bélica*. Artemisa Ediciones, 2005.
- . “Una contribución al estudio de las tensiones sociales generadas por el agua en la Historia de España. El caso del regadío en la ciudad de Santa Cruz de Tenerife durante la guerra y la posguerra europeas, 1914-1919”. *Historia Contemporánea*, no. 30, 2005 (I), pp. 299-324. DOI: <https://doi.org/10.1387/hc.4287>
- Zavala Medina, Daniel. “Notas sobre la antología de *Cuentos breves y extraordinarios* de Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares”. *Ínsula: revista de letras y ciencias humanas*, no. 863, 2018, pp. 32-35. <https://dialnet.unirioja.es/ejemplar/503076>

### **Documentos de archivo**

Archivo Municipal de Santa Cruz de Tenerife, libros de actas de las sesiones plenarias, 23 de julio, 27 de agosto y 19 de noviembre de 1919, págs. 281 y 348; y folio 37 vuelto.

### **Fuentes hemerográficas**

Bonnet Reverón, Abel. “Por los campos tinerfeños. La semana de agua”. *Gaceta de Tenerife*, 26 de febrero de 1922, p. 1.

- . “Notas tacoronteras. El tiempo”. *Gaceta de Tenerife*, 9 de julio de 1922, p. 1.
- Editorial-a. “Los temporales de ayer”. *Gaceta de Tenerife*, 4 de enero de 1918, p. 2.
- Editorial-b. “Las primeras lluvias. Sin pan y sin trabajo”. *La Prensa*, 18 de septiembre de 1919, p. 1.
- Editorial-c. “Malos augurios”. *La Prensa*, 3 de marzo de 1920, p. 1.
- Editorial-d. “El aluvión de ayer”. *La Prensa*, 30 de noviembre de 1922, p. 1.
- Editorial-e. “En pleno diluvio. Un peligroso temporal de lluvias”. *Gaceta de Tenerife*, 1 de diciembre de 1922, p. 1.
- Editorial-f. “La lluvia que ha caído en esta capital”. *La Prensa*, 2 de diciembre de 1922, p. 1.
- González Díaz, Francisco. “Páginas selectas. La Bella Pluviosa”. *Gaceta de Tenerife*, 19 de febrero de 1922, p. 1.
- Guillón Barrús. “El aluvión de ayer”. *La Prensa*, 3 de marzo de 1920, p. 1.
- Ondino. “Temas de estío. Fracasos de los días y de las personas”. *El Progreso*, 13 de julio de 1922, p. 1.
- . “Temas de estío. La pérdida de la uva”. *El Progreso*, 17 de agosto de 1922, p. 1.
- . “Temas de otoño. Ya llovió”. *El Progreso*, 14 de octubre de 1922, pp. 1 y 2.
- Pesejo, Mariano. “Desde Güímar”. *Gaceta de Tenerife*, 13 de febrero de 1919, p. 1.
- Rial Vázquez, José. “Llueve en Fuerteventura”. *La Provincia*, 8 de marzo de 1922, p. 1.
- Sin firma-a. “El Cristo y La Información”. *El Progreso*, 19 de diciembre de 1917, p. 2.
- Sin firma-b. “El tiempo”. *El Progreso*, 3 de enero de 1918, p. 1.
- Sin firma-c. “El invierno”. *El Progreso*, 4 de enero de 1918, p. 1.
- Sin firma-d. “Del último temporal. El observatorio de Izaña”. *La Prensa*, 23 de enero de 1918, p. 2.
- Sin firma-e. “Nuevos detalles del temporal”. *La Prensa*, 5 de enero de 1918, p. 1.
- Sin firma-f. “Los temporales. En el Puerto de la Cruz. La tempestad del jueves”. *Gaceta de Tenerife*, 8 de enero de 1918, pp. 1 y 2.
- Sin firma-g. “Conflicto grave”. *La Prensa*, 8 de febrero de 1919, p. 1.
- Sin firma-h. “De La Laguna. La sequía”. *La Prensa*, 10 de febrero de 1919, p. 1.

- Sin firma-i. “Quejas de los pueblos. Arico”. *La Prensa*, 12 de febrero de 1919, p. 1.
- Sin firma-j. “Por la falta de lluvias. Rogativas al Santísimo Cristo”. *Gaceta de Tenerife*, 14 de febrero de 1919, p. 2.
- Sin firma-k. “Noticias varias”. *La Prensa*, 22 de febrero de 1919, p. 1.
- Sin firma-l. “Noticias. Lluvias”. *El Progreso*, 29 de agosto de 1919, p. 2.
- Sin firma-m. “Lluvias”. *La Prensa*, 21 de octubre de 1919, p. 1.
- Sin firma-n. “Pertinaz sequía”. *La Prensa*, 17 de noviembre de 1919, p. 2.
- Sin firma-ñ. “De los pueblos. Tacoronte. Rogativas”. *Gaceta de Tenerife*, 6 de marzo de 1919, p. 1.
- Sin firma-o. “De La Palma. Lluvias”. *La Prensa*, 12 de noviembre de 1919, p. 1.
- Sin firma-p. “Mal tiempo”. *El Progreso*, 14 de noviembre de 1919, p. 1.
- Sin firma-q. “De La Laguna”. *La Prensa*, 18 de noviembre de 1919, p. 1.
- Sin firma-r. “Reyes”. *El Progreso*, 7 de enero de 1920, p. 1.
- Sin firma-s. “Deportes”. *El Progreso*, 26 de enero de 1920, p. 2.
- Sin firma-t. “De los pueblos. San Miguel”. *La Prensa*, 27 de enero de 1920, p. 1.
- Sin firma-u. “El temporal reinante. Una tromba marina. Imponente estado del mar. Embarcaciones perdidas”. *El Progreso*, 9 de febrero de 1920, p. 1.
- Sin firma-v. “El temporal”. *La Prensa*, 14 de febrero de 1920, p. 1.
- Sin firma-w. “El temporal en La Palma”. *Gaceta de Tenerife*, 14 de febrero de 1920, p. 1.
- Sin firma-x. “En La Laguna”. *La Prensa*, 27 de febrero de 1920, p. 1.
- Sin firma-y. “El temporal de lluvias. En Tacoronte, casas derrumbadas”. *La Prensa*, 27 de febrero de 1920, p. 1.
- Sin firma-z. “De La Orotava. Las lluvias”. *La Prensa*, 2 de marzo de 1920, p. 1.
- Sin firma-aa. “¡348 litros de agua, por metro cuadrado!”. *La Prensa*, 3 de marzo de 1920, p. 1.
- Sin firma-ab. “Observatorio meteorológico de la Granja Agrícola de Santa Cruz de Tenerife”. *El Progreso*, 8 de marzo de 1920, p. 1.
- Sin firma-ac. “El mal tiempo”. *El Progreso*, 4 de marzo de 1920, p. 2.
- Sin firma-ad. “Del Aluvión. Ocho casas derrumbadas”. *La Prensa*, 4 de marzo de 1920, p. 1.
- Sin firma-ae. “Lluvias”. *El Progreso*, 8 de mayo de 1920, p. 3.
- Sin firma-af. “De Tacoronte. Otra vez la lluvia”. *La Prensa*, 18 de junio de 1920, p. 2.
- Sin firma-ag. “Lluvias”. *El Progreso*, 30 de octubre de 1920, p. 2.

- Sin firma-ah. “Temporal. Agua, viento y granizo”. *El Progreso*, 16 de enero de 1922, p. 1.
- Sin firma-ai. “El tiempo”. *El Progreso*, 8 de febrero de 1922, p. 2.
- Sin firma-aj. “De El Hierro”. *El Progreso*, 9 de junio de 1922, p. 1.
- Sin firma-ak. “La Laguna”. *El Progreso*, 5 de agosto de 1922, p. 1.
- Sin firma-al. “En Gran Canaria, olas de fuego”. *Gaceta de Tenerife*, 8 de agosto de 1922, p. 2.
- Sin firma-am. “Gobierno Civil”. *La Prensa*, 9 de agosto de 1922, p. 2.
- Sin firma-an. “Noticias varias”. *La Prensa*, 9 de agosto de 1922, p. 1.
- Sin firma-ao. “Del Hierro”. *El Progreso*, 9 de septiembre de 1922, p. 1.
- Sin firma-ap. “Sequía en La Palma”. *Gaceta de Tenerife*, 20 de octubre de 1922, p. 2.
- Sin firma-aq. “La tempestad de esta madrugada”. *El Progreso*, 20 de octubre de 1922, p. 1.
- Sin firma-ar. “Desde Icod. Lluvias y nieves”. *La Prensa*, 25 de octubre de 1922, p. 1.
- Sin firma-as. “La furiosa lluvia de hoy”. *El Progreso*, 29 de noviembre de 1922, p. 2.
- Sin firma-at. “Los temporales de los últimos días”. *La Prensa*, 2 de diciembre de 1922, p. 1.
- Sin firma-au. “El temporal en La Laguna. La ciudad anegada”. *La Prensa*, 2 de diciembre de 1922, p. 1.
- Sin firma-av. “Más del temporal”. *La Prensa*, 5 de diciembre de 1922, p. 2.
- Sin firma-aw. “El temporal en La Gomera. Del delegado del Gobierno”. *Gaceta de Tenerife*, 5 de diciembre de 1922, p. 2.
- Sin firma-ax. “Los efectos del temporal”. *La Provincia*, 3 de diciembre de 1922, p. 1.
- Sin firma-ay. “Nuevas noticias del temporal último. Personas arrastradas y muertas por las aguas. Carreteras cortadas. Estaciones telefónicas averiadas por los rayos”. *El Progreso*, 18 de noviembre de 1924, p. 2.
- Sin firma-az. “Los efectos del temporal”. *La Prensa*, 18 de noviembre de 1924, p. 1.
- Sin firma-aaa. “El raid de Casagrande. El hidroavión retorna a Casablanca”. *La Prensa*, 18 de noviembre de 1925, p. 3.
- Sin firma-aab. “Grandes temporales en todas las islas. Varias víctimas”. *La Prensa*, núm. 4989, 19 de enero de 1926, p. 1.